

CAPÍTULO 1

CONCEPTO DE TRADICIÓN

En el *Diccionario de la Lengua* de *La Real Academia* (ed. 1970) encontramos la siguiente definición de tradición: «Comunicado o transmisión de noticias, composiciones literarias, doctrinas, ritos, costumbres, hecha de padres a hijos al correr de los tiempos y sucederse las generaciones». Asimismo en *El Diccionario Anaya de la Lengua* (ed. 1991) la definición es la siguiente: «Conjunto de valores ideológicos transmitidos oralmente de generación en generación que forman la base de una comunidad en materia de ritos, folclore y costumbres». Por otra parte la raíz *tradere* significaba, en religión y derecho, transmitir un «depósito sagrado». En realidad estas definiciones parecen bastante restrictivas; aquí usaremos un concepto más amplio. Las dos parecen excluir las artes y las ciencias, si bien en la primera definición se incluye la literatura, y tal vez podríamos considerar que, en la segunda, «doctrinas», y «valores ideológicos», hacen referencia a la filosofía, la religión y la política. El «comunicado o transmisión» de una, y el «transmitido oralmente» de la otra, parecen afirmar la aceptación sin más, de que hay una autoridad que en principio no se discute; el «oralmente» va todavía más lejos: excluido «lo escrito», el que transmite se convierte en el maestro, en fuente de referencia exclusiva y difícilmente alterable. Pero también puede interpretarse como algo que tiene que llegar a *todos* independientemente de su grado de cultura. Es decir, mientras que los conocimientos que se adquieren a través de la lectura llegan solo al que lee —y en ciertas culturas y épocas del pasado no se conoció la escritura o si se conocía eran pocas las personas que tenían acceso a ella— el hecho de que la transmisión sea «oral» y «de padres a hijos» supone un carácter universal; la necesidad de que nadie quede al margen de ese saber.

Por otra parte, L. Strauss en el ensayo *¿Progreso o retorno?* Se refiere a la noción de costumbre o camino como cauce por el que se transita de manera regular. Y esto nos lleva a hablar de «la costumbre o ley de una cosa». Las cosas se comportan siempre igual, según su naturaleza.

Como decíamos antes el concepto de tradición utilizado aquí, siguiendo sobre todo el de A. MacIntyre,¹ es bastante más amplio. Cada ámbito de la cultura, cada saber, tiene su tradición y su propia forma de transmitirla; y, una vez incorporada la escritura, la posibilidad de abrir la tradición a los cambios sin perder su propia identidad ni perder nada de lo que siga siendo valioso. De forma general no nos referimos ahora al uso ideológico dado al concepto de tradición por los teóricos políticos conservadores del s. XIX y cuyos rasgos fundamentales fueron enunciados por Burke, donde tal concepto se opone a razón (oposición que Hayek mantiene y defiende) y a conflicto —cuestiones que dilucidaremos más adelante al tiempo que trataremos de precisar qué aspectos comparte Hayek con el conservadurismo y aquellos otros en los que discrepa.

Entendemos por tradición, un conjunto de reglas, de formas de hacer, de técnicas, que se transmiten de padres a hijos, de maestros a discípulos, y de unas generaciones a otras. Es «un depósito de sabiduría y experiencia acumulado durante años y siglos, que trasciende la del individuo».² En realidad, cada ámbito de una cultura, lo legal, lo moral, lo científico, lo artístico, lo religioso, etc, tienen su propia tradición y su propia historia, si bien todos ellos están relacionados e incluidos con frecuencia en tradiciones más amplias. Por ejemplo, si tomamos el caso de la pintura, no solo hemos de considerar el aspecto de la técnica y la forma —el grado de evolución en que se encuentran: el dibujo, el volumen, los materiales, etc.—, sino el contenido y los motivos, que estarán en relación con los valores, las costumbres, las modas, de esa época; es decir, estarán en relación con otras tradiciones, al tiempo que muchas de ellas se encontrarán incardinadas en otras más amplias, como ya decíamos.

Es común a cualquier tradición el que descansa sobre unos principios incuestionables y se mueve sobre unas cuantas normas fijas que permanecen como marco o referencia para cualquier cambio o innovación; se confía en ellos y no se discuten. La transmisión se basa principalmente en la autoridad; hay maestros que se respetan, en los que se confía y que incluso se admiran. El maestro significa la ejemplificación de lo mejor que se ha conseguido durante decenas de generaciones. Pero no solo eso, su autoridad se refiere también a que sabe dirigir a otros para avanzar utilizando «*lo que puede aprenderse de la tradición* proporcionada por el pasado para dirigirse al telos de la obra completamente perfeccionada».

¹ A. MacIntyre, *Tras la virtud*, Crítica, 1987.

² Paloma de la Nuez, *La política de la libertad*, Unión Editorial, 1995.

Es decir, «es por la capacidad de enseñar a otros este tipo de saber que el poder del maestro dentro de la comunidad de un arte se legitima como autoridad racional». ³ Cuando se quieren destruir las tradiciones, como sucede de la Ilustración en adelante, lo primero que se hace es sembrar la desconfianza hacia los maestros en general y desprestigiar su función, adjudicándoles un afán de dominación —que no negamos que se haya podido dar en ciertos casos— ⁴ al tiempo que se ensalza la confianza en uno mismo y en las capacidades propias.

Entre las acusaciones más fuertes que los detractores de la tradición han hecho están las de irracionalidad y acriticismo, afán de dominio, inmovilismo y coacción. Sin embargo nada más falso y alejado de la realidad. Una tradición viva tiene una historia y una evolución. En ella no hay oposición al cambio, sino cautela ante el cambio. Las resistencias no son para impedirlo sino para garantizar su bondad. Son la criba necesaria para desechar el error. Ciertamente hay un conjunto de principios, los cimientos de esa tradición, que se mantienen fijos pero que son inspiradores del cambio; y también es cierto que en su conjunto las normas se transmiten mediante el ejemplo, la imitación, y el hábito la mayoría de las veces y para la mayoría de las personas —como tantas veces subraya Hayek. Más adelante mostraremos por qué ha de ser así incluso en el ámbito del conocimiento superior. Pero también es verdad que los grandes hombres —que, por otra parte, no serían nada fuera de las tradiciones en que se mueven— y las situaciones de crisis producidas en una sociedad —bien sea por guerras, epidemias, descubrimientos de diversos tipos o en diversos ámbitos— hacen que una tradición, si está viva, sepa progresar o modificarse y adaptarse a las nuevas circunstancias surgidas en su seno, y que para ello se admita la crítica y el cambio. Como dice D. Negro «una tradición no consiste en la conformidad con un rasgo

³ MacIntyre, A., *Tres versiones rivales de la ética*, Rialp, 1990, p. 97.

⁴ Pero esto ha sucedido en todos los tiempos, y también en los actuales —que se presumen esencialmente antiautoritarios. Un ejemplo de ello lo tenemos en Freud. Celoso siempre de sus discípulos, de que tuviesen alguna ocurrencia o idea nueva antes que él. Intransigente respecto a la posibilidad de que se apartasen de la línea por él trazada. Temeroso de que alguno le «robases» sus ideas. Paul Roazen describe, en su *Historia de Freud y Tausk*, cómo unas relaciones entre maestro y discípulos pueden llegar a ser degradantes, hasta el punto de contribuir al suicidio, como en el caso de Tausk. En este sentido, escribe Roazen: «Hay quien ha hablado de Freud y sus discípulos como de un monarca y su corte» (...) si el discípulo se mostraba irrespetuoso hacia el maestro y sus ideas corría el riesgo de ser expulsado» (Roazen, *Hermano animal*. Alianza Editorial. 1973, p. 57).

singular, sino en la capacidad de cambiar sin perder su identidad y en tolerar y en unir una variedad interna». ⁵ Igualmente Hayek contempla la tradición como sometida a procesos de evolución, «los esquemas tradicionales de comportamiento nunca son fijos e inmutables», si bien desde su perspectiva tales cambios no dependen en absoluto de la razón, «aunque la tradición no deja de evolucionar, nunca lo hace por un proceso de deliberada transformación». ⁶

Así, como señala R. Nisbet, grandes conservadores, apegados a la tradición, como Burke, Churchill, De Gaulle, en política; Kepler, Max Plank, en ciencia, o T.S. Eliot, en poesía (por citar a unos cuantos de una lista interminable) fueron sumamente audaces en sus decisiones o investigaciones. Más adelante volveremos sobre estos aspectos que caracterizan a una tradición y nos referiremos a determinados momentos históricos que corroboran lo que aquí brevemente estamos afirmando, centrándonos sobre todo en la tradición que esencialmente aquí nos interesa, la que se refiere a la moral, las costumbres y, en último término, la política.

Cuando los cambios no se producen dentro de una tradición —aquí son parciales y siempre en coherencia con los principios fundamentales— nos encontramos ante una revolución. Es la ruptura total con aquellos principios, el surgimiento de un nuevo paradigma. Aunque ciertamente es una ilusión pensar que éste pueda originarse de la nada, puesto que los artífices —o quienes se revuelven contra la tradición y el modelo vigente hasta entonces— han aprendido a pensar, y aún a sentir, dentro de una tradición, conservando, con frecuencia, retazos de lo anterior; extrapolando y reinterpretando conceptos antiguos, que privados de su antiguo lugar y relación con el sistema, caen a menudo en la inconsistencia con lo nuevo.

El abandono de *una* tradición, no supone el abandono de *la* tradición, aunque, a menudo, quienes consideran la necesidad de liberarse de *la* tradición lo que en realidad propician es, como sostiene Popper, «un cambio de una tradición a otra». ⁷ Más, en realidad, lo que con frecuencia

⁵ *La tradición liberal y el estado*. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, p. 21.

⁶ *Derecho, Legislación y libertad*, vol. III. p. 289.

⁷ K. Popper. *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones*. 1947. Paidós, p. 144. En este sentido, afirma Popper, que el racionalista con su actitud de juzgar todo y descubrirlo por sí mismo, independientemente de cualquier tradición, no se da cuenta de que «él mismo se encuentra muy ligado a una tradición racionalista que es la que tradicionalmente las sostiene [tales actitudes]. Esto muestra la debilidad de ciertas actitudes tradicionales hacia el problema de la tradición». p. 143.

se busca es el desprestigio de la autoridad en general, que conlleva el de quienes en un momento dado la detentan. De esta forma aquellos «liberadores» de la autoridad, intencionadamente o no, pueden imponer la suya subrepticamente y de forma que el «liberado» se haga la ilusión de que sus opiniones se han originado única y exclusivamente en él mismo y por él mismo. Pues lo cierto es que, como escribe F. Savater, la transmisión de cualquier saber o hacer, es decir, la educación, «nunca es neutral: elige, verifica, convence, elogia y descarta. Intenta favorecer un tipo de hombre frente a otros, un modelo de ciudadanía, (...) ningún maestro puede ser verdaderamente neutral».⁸ K. Popper, cuya influencia sobre Hayek ha sido tan significativa, recoge en «Conjeturas y refutaciones» una conferencia pronunciada en 1948, en el Magdalen College, que titula «Hacia una teoría racional de la tradición», donde plantea, frente a los ataques del racionalismo, la imposibilidad de prescindir de la tradición a no ser que quisiésemos estar siempre «en la misma etapa que Adán y Eva cuando murieron (o, si se prefiere, en la misma etapa que el hombre de Neanderthal)». Añade, además, que esto «es una verdad muy simple y decisiva, pero que los racionalistas —sin embargo— a menudo no comprenden lo suficiente, que no podemos empezar desde cero, que debemos aprovechar lo *que se ha hecho antes de nosotros*».⁹ Analiza la función que ha desempeñado y desempeña la tradición en la ciencia para extrapolarlo después a otros ámbitos del saber y de la vida. Las teorías científicas nunca han sido —constata este autor— sin más, el resultado de la observación, como creen algunos racionalistas. Los científicos han partido siempre de teorías previas o mitos. Cualquier teoría funciona como un mito en su afán explicativo. A base de reflexionar sobre ellas, de someterlas a crítica o prueba, de intentar ampliar su campo de acción se ha podido llegar a nuevas teorías o reformulaciones de las antiguas. «Si la ciencia avanza gracias a la tradición de modificar sus mitos tradicionales, entonces se necesita algo con lo cual empezar. Si no hay nada que alterar y modificar, nunca se puede llegar a ninguna parte».¹⁰ Es decir, como afirma R. Nisbet, «el talento individual es, simplemente, impotente, y está condenado a girar sobre sí mismo, si carece de una tradición escogida con la que trabajar».¹¹ Lo que se produce, pues, cuando no se parte de algo ya construido, son observaciones dispersas y una desorientación radical, igual

⁸ F. Savater, *El valor de educar*, Ariel, 2001, pp. 151-152.

⁹ Popper, *op. cit.*, p. 152.

¹⁰ Popper, *op. cit.*, p. 153.

¹¹ R. Nisbet, *Conservadurismo*. Alianza Editorial, 1986, p. 49.

a la que se produciría en la sociedad si se prescindiese por completo de las normas y cada uno inventase su comportamiento según su particular criterio. La vida se convertiría en un sobresalto continuo al no poder anticipar la conducta de los que se cruzasen con uno. Nuestra integración en una sociedad solo es posible si estamos seguros de que una parte importante de los comportamientos de la gente se ajustan a ciertos patrones y de que raramente encontraremos a individuos que no se adapten a ellos. «Es en este punto en el que se torna comprensible el papel desempeñado por la tradición en nuestras vidas. Estaríamos ansiosos, atemorizados, frustrados (...) si el mundo social no contuviese un grado considerable de orden (...). La mera existencia de estas regularidades es más importante que sus méritos o deméritos peculiares».¹² Así pues, las diversas tradiciones, al igual que buena parte de nuestra legislación, responden al afán de introducir cierto orden y posibilidad de predicción racional en el mundo en que vivimos. Mas esto no tiene por qué suponer una renuncia a la crítica ni al cambio si fuese necesario, asegura Popper. El mismo se considera dentro de una línea de racionalismo «crítico», reformista, frente a ese otro racionalismo radical que pretende «borrar todo y comenzar desde la nada».¹³ Racionalismo cuyo origen cifra en Platón, al que equivocadamente enlaza con Descartes.¹⁴ La concepción popperiana de la tradición se halla referida sobre todo al mantenimiento y transmisión de «uniformidades en las actitudes o tipos de conducta de las personas en sus propósitos, valores o en sus gustos».¹⁵ En este sentido, también para Hayek «las tradiciones recibidas facilitan nuestra adaptación a la desconocida evolución de los acontecimientos».¹⁶ Pero, además Hayek, hace hincapié en algo que él considera fundamental: que las tradiciones son depósitos de sabiduría acumulada; producto del ensayo y el error, de la adaptación; que han probado su bondad a través de la selección —como lo demuestra que hayan sobrevivido y se hayan transmitido desplazando otras pautas de conducta o modos de hacer. Es decir, para Hayek, lo recogido en la tradición no es algo arbitrario, caprichoso o erróneo, sino producto de la mejor adaptación

¹² Popper, *op. cit.*, p. 154.

¹³ *Ibid.*, p. 154.

¹⁴ Esta visión popperiana sobre Platón ha tenido una gran influencia no solo en Hayek sino en muchos otros liberales. John Gray expone esta visión del constructivismo platónico en *Liberalismo*, Alianza Editorial, pp. 17-18.

¹⁵ Popper, *op. cit.*, p. 156.

¹⁶ *La fatal arrogancia*, p. 131.

encontrada a las condiciones de cada época y lugar y, en último término, a la realidad:

Ese proceso de selección que alumbró determinados usos y hábitos morales es capaz de tomar en consideración mucha más información acerca de la realidad circundante de lo que pudiera lograrse a través de la directa interpretación de los acontecimientos. En este sentido cabe considerar a las normas tradicionales «más inteligentes» que nuestra propia razón.¹⁷

El concepto de tradición se halla, como decíamos, estrechamente unido al concepto de autoridad, pero esta autoridad no tiene nada que ver con la tantas veces rechazada por Hayek y denominada por él «autoridad central» planificadora. Mientras que la autoridad tradicional recoge y representa los conocimientos, las técnicas, las pautas de comportamiento, en el ámbito correspondiente, adquiridos por un sinnúmero de generaciones anteriores, para transmitirlo a las siguientes; es el compendio del esfuerzo y la laboriosidad de siglos; la autoridad «central», a la inversa, pretende imponer —y no recoger— una planificación total de todos los aspectos de la sociedad prescindiendo, como señala Hayek, de la información dispersa entre cientos de miles de personas, y de la iniciativa para utilizar esa información desde cada una de estas personas.¹⁸

Pero si bien es cierto que en el artículo a que nos hemos referido, procedente de una conferencia pronunciada en 1948, Popper defiende ciertas funciones necesarias de la tradición como ya hemos expuesto, en el artículo que recoge otra conferencia pronunciada en 1960, incluido igualmente, en *Conjeturas y refutaciones*, parece manifestar, en cambio, un pensamiento más negativo sobre el valor de la tradición, más en el espíritu de la ilustración, y menos en concordancia con Hayek. Identifica tradición con inmovilismo, y autoridad con sinrazón.¹⁹ Para Popper, siguiendo la noción de autoridad y la noción de razón de la modernidad, no solo no están relacionadas sino que son mutuamente excluyentes. Actualmente la visión de autoridad predominante en nuestra cultura es aquella que la considera como arbitraria, impositiva, inflexible y por ello

¹⁷ *La fatal arrogancia*, p. 130.

¹⁸ Véase *op. cit.*, p. 34.

¹⁹ Bien es verdad que Popper rechaza y critica la teoría de «la conspiración», promovida por el marxismo fundamentalmente —aunque su origen pueda rastrearse mucho antes—, según la cual las clases dirigentes prensa capitalista, doctrinas religiosas, etc., están confabuladas para que la gente permanezca en la ignorancia. (*Ver op. cit.*, p. 14).

despreciable y nefasta; en suma, irracional y obstaculizadora de la innovación y la creatividad. Sin embargo, no se concebía así la autoridad antes de la ilustración y de Descartes; como escribe MacIntyre, según esta noción preilustrada de autoridad

Necesitamos un maestro que nos ponga en condiciones de actualizar [nuestra potencialidad], y tendremos que aprender de dicho maestro y aceptar al comienzo, sobre la base de su autoridad en el seno de la comunidad de un arte, precisamente qué hábitos intelectuales y morales son los que tenemos que cultivar y adquirir, si hemos de llegar a ser efectivos participantes autónomos en dicha investigación.²⁰

Se advierte aquí una concepción de la autoridad docente racional en cuanto guía de cómo alcanzar la *techne* poseída y acumulada hasta entonces y cómo continuar a partir de ahí, trascendiendo lo hecho hasta el momento; el alumno genial siempre sobrepasa al maestro, pero no habría alcanzado a hacerlo sin él; por otra parte, el ejercicio de la autoridad se da dentro de una temporalidad, como una etapa que procede de, resume y recoge, lo anterior, para dirigirse hacia algo más perfecto. Citando de nuevo a MacIntyre:

Los criterios de realización cumplida en el seno de cualquier arte se justifican históricamente. Han surgido a partir de la crítica de sus predecesores y se justifican porque, y en la medida en que, han remediado los defectos y trascendido las limitaciones de ese arte particular.²¹

Desde luego ello no quiere decir que todos los que se han educado en una tradición, sea musical, pictórica, filosófica, científica, moral, o del tipo que sea, tengan un conocimiento crítico de ella y produzcan innovaciones o cambios; en realidad son los menos. Pero eso no significa que el hecho de que la mayoría acepte tales tradiciones sin crítica disminuya su valor y su función positiva, ni que deba acabarse con el papel de guía y ordenamiento que las tradiciones han asumido. Esta es una de las principales convicciones de Hayek y así lo manifiesta al criticar la posición constructivista según la cual «no es razonable aceptar lo que no se puede comprender», para, a continuación, desmarcarse claramente de Popper: «Debo reconocer que esta idea fue compartida por mí en otro tiempo y

²⁰ *Tres versiones...*, p. 94.

²¹ *Ibid.*, p. 95.

también se encuentra en un filósofo con el que por lo general suelo estar de acuerdo. Sir Karl Popper, en efecto, dijo en determinada ocasión (1948) que un racionalista «nunca se avendría a aceptar ciegamente *cualquier* tradición». ²² Popper, además, supone, al igual que los ilustrados, que la epistemología de Bacon y Descartes, aunque errónea, fue la «principal fuente de inspiración de una revolución intelectual y moral sin paralelo en la historia. Estimuló a los hombres a pensar por sí mismos...». ²³ No creemos que Popper ignore todo lo que en Europa se había hecho antes de Descartes en todos los campos de la cultura: arquitectura, música, pintura, filosofía, técnica-artesanía, etc., pero parece eliminar la crítica, el talento, la creatividad de aquellos que lo llevaron a cabo, sin renegar de la tradición que los había formado. ¿Hay que concluir con Popper y los ilustrados que no pensaban? ¿Hay tal vez parámetros que nos permitan medir el supuestamente inmenso aumento de hombres que hoy piensan por sí mismos con respecto a aquellos que vivieron en los siglos trece, catorce o quince, por ejemplo, en París, Florencia o cualquier otra ciudad europea? ¿Qué tanto por ciento de creadores por habitante...? Hayek, a diferencia de Popper, señala que «el hombre inclinado a la libertad nunca desistirá de someter a examen —para rechazarla si lo cree oportuno— cualquier orientación que por vía tradicional haya recibido. Pero su vida en común solo resultará posible en la medida en que se avenga a aceptar algún conjunto de tradiciones (aun cuando no se percate muchas veces de lo que hace) cuyos efectos nunca estará en condiciones de aprehender». ²⁴ Es curioso que ese «estimuló a los hombres a pensar por sí mismos» popperiano, se corresponde con la tan extendida teoría pedagógica actual de la psicología de la motivación. El alumno ha de ser motivado y estimulado para que se entusiasme con el aprendizaje; si esto no sucede el responsable será el maestro. Se concibe al alumno como un ser pasivo del que hay que tirar continuamente desde fuera. Frente a esta posición, desde el pensar tradicional se contaba antes que nada con una cierta actitud e interés del alumno, que se traducían en fuerza de voluntad para llevar a cabo el aprendizaje, para perfeccionar una práctica, para dominar un saber que, entonces sí, te ponía en condiciones de criticar, no con conocimientos superficiales y de forma arrogante a la manera del hombre postilustrado. Y desde esta perspectiva lo contempla Hayek al referirse a que «el hombre» —todo hombre, mas no todos— «inclinado

²² *La fatal arrogancia*, p. 111.

²³ *Ibid.*, p. 15.

²⁴ Hayek, *La fatal...*, p. 111.

a la libertad nunca desistirá...». Ciertamente se requiere de un marco social y político flexible, que permita, aún poniendo obstáculos, la crítica innovadora.²⁵ Esto es una condición pero no suficiente, pues el protagonismo está en el individuo. El incumplimiento de las expectativas de los ilustrados —hoy es patente que no era la falta de medios, ni los supuestos obstáculos «intencionados» para que la gente permaneciera en «minoría de edad», lo que impedía la extensión de la cultura a *todos* los individuos y a todas las capas sociales— está llevando a los gobiernos de muchos países occidentales, de corte socialdemócrata sobre todo —en un intento desesperado—, a imponer por decreto la culturización de las gentes, sin tener en cuenta, como decía Platón, que «la falta de interés no puede combatirse con la coacción».²⁶

Una vez analizado el modo de pensar que vive y se sabe dentro de una tradición, aceptándola como su matriz, pasaremos a estudiar las características de su rival y destructor, el pensamiento racionalista constructivista —en sus versiones, epistemológica, moral y política— para, a continuación, hacer una comparación entre ambas formas de pensar. Finalmente, las cuestiones que nos interesan sobre la tradición y que trataremos de desarrollar son las siguientes: primero, cómo se originan las normas, costumbres y usos que componen una tradición; segundo, ¿cuál es la forma, el método, según el cual se transmiten las reglas y usos que la integran?; tercero, ¿cómo se justifican?, ¿qué función cumplen? Todas ellas han sido tratadas con mayor o menor amplitud por Hayek. Intentaremos aquí un análisis y una crítica a sus respuestas. Nos quedan, además, otras cuestiones ineludibles en este trabajo dado que la preocupación fundamental de Hayek es la libertad. Una se refiere a la relación entre tradición y liberalismo tanto en moral como en política y economía; la otra a las dificultades y malentendidos a la hora de conjugar tradición y liberalismo; pues históricamente, con cierta frecuencia, el liberalismo se ha opuesto a la tradición.

²⁵ Este marco se dio en Europa desde la antigua Grecia, a la que continuamente aquella volvió sus ojos para superar sus peores momentos.

²⁶ *La República*, 536e. Trad. C. Eggers Lan. Bib. Clásica Gredos.